



AQUI, en un pueblo pequeño y azul cerca del mar, he vuelto a ver «Al este del Edén». La noche estaba todavía caliente del sol de la mañana y la copia de la película no era buena. Pero a mí me interesaba ver a James Dean. Me interesaba, sobre todo, ahora, a distancia, con perspectiva, cuando ya el mito empieza a desvanecerse. Y aquí, en un pueblo bonito, lleno de sol.

Dicen los biógrafos oficiales —esos para los que no existe otra biografía que la auténtica—, que James Dean nació el 8 de febrero de 1931 en Fairmount (Indiana). Dicen también que cuando tenía ocho años, su madre murió de cáncer y que más tarde su padre —que era dentista— se volvió a casar. Entonces, Jimmy fue enviado a vivir a una granja en el campo, propiedad de sus tíos. Los biógrafos, naturalmente, hablan de una infancia triste y de un inconsolable dolor por la muerte de su madre, porque los biógrafos, como todo el mundo sabe, inventan complejos de Edipo en cuanto pueden. Yo no sé lo que habrá de cierto en todo esto, porque a mí ese tipo de biografías no me gusta. Nadie dice cómo se le ocurrió a James Dean ser actor. Si fue viendo una película, una obra de teatro o simplemente paseando por un camino, por una calle, o tumbado al sol. No hay un biógrafo que hable de ese momento. En cambio —eso sí— dan unos cuantos datos como ciertos. Dicen que se fue a Nueva York a hacer teatro y que un día tuvo su gran oportunidad al sustituir a un actor importante que se llamaba —y se llama— Arthur Kennedy, uno de esos actores buenos que el gran público español sólo ha descubierto de pasada. Dicen también que en Broadway tuvo un éxito fenomenal interpretando «El inmoralista», de André Gide, y que le dieron un premio importante. Y

LA OTRA BIOGRAFIA DE JAMES DEAN

llegan incluso a decir los más exactos que todo esto —a lo último, me refiero— ocurrió en 1954, cuando hacía ya muchos años que Elia Kazan y Lee Strasberg habían fundado su famosa Escuela, esa que todos conocemos como el Actor's Studio.

* * *

Porque ésta es otra historia. Todo el mundo ha escrito que James Dean fue uno de los discípulos predilectos de Kazan. El y Marlon Brando y Montgomery Clift y Paul Newman, entre otros. Los alumnos más estudiosos, los más aplicados, los primeros de la clase. Y, sin embargo, no parece que esto sea así. Hace apenas unos meses Elia Kazan llegó a París y concedió una entrevista a los redactores de «Cahiers du Cinema». No sé si ustedes conocen esta publicación francesa sobre cine. De su cuerpo de redacción han salido varios de los hombres que dieron forma a la «Nouvelle Vague». Son, en general, gente enterada, aunque un tanto pretenciosa. Se creen los más listos y esto, con frecuencia, es una lata. Bueno, el caso es que la entrevista con Kazan era interesante y él decía cosas muy inteligentes. Alguna, para mí, un tanto desconcertante. Me llamó especialmente la atención que negara que a Brando, a Clift y a James Dean se les pudiera considerar como absolutas consecuencias del Actor's Studio. Decía, incluso, que Dean apareció muy pocas veces por la Escuela. Y que podía recordar, por ejemplo, que se sentaba en una silla de cualquier forma, con un alre descuidado y frívolo como si no le importara demasiado lo que allí ocurría. No sé. No me fio mucho de estas declaraciones un poco «despechadas» de Kazan. Supongo que todo esto sería mucho mejor preguntárselo a Lee Strasberg, que es el auténtico profesor del Actor's Studio. Terminaba Kazan diciendo que el discípulo perfecto era, sin duda, Karl Malden, un actor que, desde luego, a mí me parece extraordinario y que en algunas películas —re-

cuerden por ejemplo «El rostro impenetrable»— se ha tragado fácilmente a Marlon Brando.

* * *

El caso es que, según sus biógrafos, James Dean fue al Actor's Studio y que de allí salió para interpretar «Al este del Edén», una película que iba a dirigir Kazan según la novela de Steinbeck. Con tres películas —«Rebelde sin causa» y «Gigante», además—, James Dean se convirtió en el actor más cotizado del mundo. Un día se enamoró de Pier Angeli y lo pasó fatal. Los biógrafos más sentimentales, los más cursis, aseguran que el día que ella se casó con Vic Damone, Jimmy lloró mucho y se quiso morir. Quizá. Pier Angeli es una chica muy mona y el tal Damone tiene una cara de tonto impresionante. Ahora Pier se ha divorciado y parece que es muy feliz con un señor calvito, que debe ser la mar de simpático. Bueno, de todas maneras Jimmy sintió horrores la boda de Pier Angeli y empezó a hacer muchas tonterías. Una de ellas fue la de correr. Naturalmente a Jimmy ya le gustaban los coches desde antes. Había tenido ya muchos cuando decidió comprar uno de más potencia. Era un Porsche, modelo Spyder. Un coche precioso que corría como un diablo. A Jimmy le enloquecía eso de las carreras. Puso el coche a punto, lo revisó personalmente, y el día 30 de septiembre de 1955, con su mecánico Rolf Wütherich, onfiló la carretera 99 que llevaba directamente a Paso Robles, un lugar en donde aquella mañana estaba citado con la muerte. Y así fue. Un viejo Ford modelo 1950 hizo una maniobra insospechada y el Porsche de Jimmy se precipitó sobre él. Nada pudo hacer el conductor para evitarlo. Cuando Rolf Wütherich, el mecánico, recobró el conocimiento, en medio de la carretera estaba James Dean con el cuello roto y la cara horriblemente desfigurada. A lo lejos, se oían ya las primeras sirenas de las ambulancias.

A partir de entonces, empezó el histerismo. Y las historias absurdas inventadas por los periodistas. Hubo quien aseguró que James Dean no había muerto, que vivía en algún lejano paraje donde nadie pudiera ver las terribles cicatrices del accidente. Las jovencitas de todo el mundo lloraron por él. Casi tanto como cuando murió Valentino. Aunque quizá un poco menos, porque las jovencitas de ahora están hechas de otra manera. A España tardaron en llegar sus películas. Recuerdo que, por fin, en un viaje a París, pude verle. La película se llamaba «Rebelde sin causa» y había una secuencia espeluznante en la que James Dean jugaba con unos amigos a despeñar coches a toda velocidad. La gracia estaba, por lo visto, en resistir el mayor tiempo posible en el volante antes de que el coche saltara en el vacío. La cosa estaba bien hecha y lograba su efecto. Luego, ya en España, vi «Al este del Edén» y «Gigante». No puedo acordarme de las fechas, ni creo que haga falta.

* * *

James Dean tenía personalidad, fuerza expresiva, «gancho», en una palabra. Comprendo que gustara a las mujeres y también, en especial, a cierto tipo de hombres. Reunía varias cosas. Tenía, de pronto, cara de niño para que las espectadoras un poco mayores pudieran sentirse madres. Iba vestido descuidadamente como un claro signo de rebeldía frente a las convenciones sociales. Era guapo sin perfecciones y era varonil sin exagerar. Estaba muy de acuerdo con su época. Una época un tanto ambigua a la que no le divierte definirse. Las mujeres son un poco como efebos; los hombres un poco como doncellas. Es el signo de una civilización que se muerde la cola. Es, seguramente, el resultado lógico de las conquistas femeninas. James Dean tenía un paso inseguro y una mirada incierta que llevaba con facilidad al éxito. Y por eso lo tuvo. Por eso y porque tenía talento, no voy yo a

negárselo. James Dean fue un estupendo actor..., aunque a mí, personalmente, no me gustaba. Esto no significa nada. A mí es que me gusta otro tipo de actores, ¡que se le va a hacer!

* * *

La culpa, en principio, fue de Stanislavsky. Una culpa estúpida porque de ella arrancan todas las formas actuales de interpretación. El se dio cuenta de que el modo recitativo de los actores románticos era falso, de que había que ir urgentemente en busca de la sinceridad. Esa fue su teoría y su revolución. Stanislavsky estaba en lo cierto. Todos los actores del mundo, actualmente, hacemos un poco lo que él pedía. Y no debemos renegar de eso. Lo que ocurre es que luego —como siempre—, las cosas se han desorbitado. La creación del Actor's Studio fue —creo yo— un intento de poner las teorías de Stanislavsky al día. Y en cierto modo, lo consiguió. Frente a los galanes estirados, recién lavados y peinados que nos mandaba Hollywood, el Actor's Studio inventó unos hombres que querían acercarse al público.

Pero luego, un día —también como siempre—, el método quiso llegar a sus últimas consecuencias. Y empezaron todos esos actores que no tenían talento, pero que imitaban. Y empezaron los planos larguísimo, interminables, de Brando con cara de retrasado mental. Y lo que empezó siendo verdad acabó en una mentira. En una mentira grandísima cuya primera víctima fue James Dean, un actor lleno de talento sacrificado a la vanidad teórica del Actor's Studio. Hay que tener el valor de enfrentarse con los mitos. James Dean no fue nunca un gran actor, aunque tal vez hubiera podido serlo. Fue, simplemente, un juego ambiguo de Elia Kazan.

* * *

O, al menos, así me lo parece desde aquí, en este pueblo bonito junto al mar.

James Dean ha sido el ídolo de toda una generación. Sus «fans» llevaban su efigie en dijes, broches, fotografías, pañuelos... El grito de la juventud rebelde se llamó, en su día, «Al este del Edén», su película más famosa.

